Tres décadas de 'paz por paz'

Itziar Aspuru y 'Jesus' Herrero, miembros fundadores de Gesto por la Paz en 1986, repasan los inicios, la evolución y el final de la pionera movilización contra ETA

LEYRE IGLESIAS / Bilbao

Itziar Aspuru (Bilbao, 1965) y *Jesus* Herrero (Bilbao, 1966) trabajan en un centro tecnológico. No han sido víctimas de ETA ni dirigentes políticos, sino dos rostros clásicos de Gesto por la Paz de Euskal Herria, la coordinadora que nació para organizar el rechazo de la sociedad vasca a quien derramaba sangre en su nombre, y que ayer celebró su última asamblea para certificar su cierre porque, tras el «cese definitivo» que ETA anunció en octubre de 2011, han cumplido con su objetivo.

Tenían 20 años cuando, en la Euskadi convulsa de mediados de los 80 participaron en la creación de una plataforma sin la que no se entendería la historia reciente del País Vasco. Ella estudiaba Físicas en la Universidad del País Vasco; él Informática en Deusto. Los dos sintieron una misma necesidad: mientras los atentados de ETA –y también los GAL– se hacían cotidianos, era urgente articular un rechazo cívico a la violencia. Derribar los muros del miedo, la indiferencia y las dudas de quienes habían combatido al franquismo y simpatizado con la banda, y hacer visible en los barrios, centros de trabajo y escuelas que los muertos no eran uniformes.

Implicada en Jóvenes de Acción Católica (JAC), Itziar Aspuru empezó a acudir a los actos contra los asesinatos casi semanales en la Plaza Circular de Bilbao. Los organizaba *Itaka*, del colegio Escolapios, uno de los seis grupos que conformarían el núcleo de la coordinadora y el primero en concentrarse con continuidad, después de cada muerte y desde el planteamiento ético de que ninguna tenía sentido. «Nos pusimos el reto de llevar esa concentración a nuestro barrio, el Casco Viejo», cuenta. También organizó otro grupo en la Universidad pública. Era el año 86.

Herrero hizo lo mismo en el barrio bilbaino de San Ignacio, con un primer lema: *Ya nos vale de indiferencia*. Lo recuerda: fue el 12 de diciembre de 1987, un día después de que ETA matara a 11 personas, entre ellas 5 niñas, en la casa cuartel de Zaragoza. La mejor fórmula era hacerlo delante de sus vecinos. «No buscábamos el gran acto mediático con fotos y cámaras, sino la implicación personal. Que tu vecino te viera ahí...». Acudieron más de cien personas a través del boca a boca y los carteles en farolas y paredes.

–¿Qué le pasaba por la cabeza detrás de la pancarta?

–A todos los que hemos estado detrás de la pancarta se nos han quedado grabadas las miradas de los que pasaban por delante por su diferente reacción: ver al que se sumaba, al que te esquivaba, al que todavía no quería verlo y hacía como si no lo hubiera visto.

"Jesus' Herrero e Itziar Aspuru, dos de los fundadores de Gesto, posan junto al emblema de la Coordinadora. / ARABA PRESS

Se mantenían allí, en silencio. Era la segunda clave. Localismo y silencio. «Asumíamos que los que estábamos ahí éramos diferentes, podíamos tener ideologías políticas diferentes. La unidad en el silencio, desde el ámbito prepartidista, era y ha sido fundamental en Gesto», añade Herrero.

Siempre con mensajes que no sobrepasaran el «mínimo denominador común» para asegurarse la pluralidad de la respuesta cívica, las técnicas organizativas fueron depurándose a medida que los *gestos* se repetían y la coordinadora se extendía hasta aglutinar a 200 grupos locales y tener a un millar de personas a su alrededor.

«Los medios de comunicación no anunciaban tanto las horas de las concentraciones», relata Aspuru, «así que tirábamos de una lista telefónica de personas comprometidas para asegurarnos de que al día siguiente de un asesinato nos íbamos a reunir un número suficiente, de que el encargado de llevar la pancarta se acordaría, de que todos responderíamos con silencio a las provocaciones, que las hubo...».

VIOLENCIA Y «TIBIEZA»

–¿Cómo eran aquellas contramanifestaciones?

–Se iniciaron con los secuestros de [José María] Aldaya –cuenta Herrero.– Nos reuníamos todos los lunes mientras continuara el secuestro. En aquel momento, el entorno de Gestoras [Pro Amnistía] se dedicó a hacer concentraciones en los mismos sitios y a la misma hora que nosotros.

Fueron momentos duros para los creadores del famoso *lazo azul*. Uno de los peores, dice Aspuru, ocurrió cuando rechazaron el asesinato del dirigente de HB Josu Muguruza. «Hicimos una concentración silenciosa y fue muy criticada por parte de la izquierda abertzale». También les «reventaron» el acto de solidaridad con las víctimas de los GAL que celebraron en Hendaya. «Primero intentaron negar que hubiera una protesta ciudadana contra ETA, y cuando Gesto se solidarizó con atentados de los GAL, ya sí que no les encajaba. La dinámica de los dos bandos quedaba rota».

Gesto por la Paz se ha distinguido por un discurso de trazo fino y difícil titular. Siempre ha condenado a ETA, igual que los asesinatos a manos de los GAL y las actuaciones desproporcionadas de las fuerzas del orden en su lucha contra el terrorismo, pero rechazando cualquier tipo de equiparación entre unos y otros. Matiz imprescindible. También es clásica su petición del acercamiento de los presos por motivos humanitarios y para favorecer su reinserción. Así que sus mensajes no siempre han sido comprendidos.

Estuvo políticamente cómodo en los años de unidad política contra ETA del Pacto de Ajuria Enea. En 1993 llegó a recibir el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Pero sufrió críticas reiteradas de los movimientos abiertamente antinacionalistas como ¡Basta Ya! y Foro Ermua en los años del acuerdo entre nacionalistas y ETA, el Pacto de Estella, tras el salvaje secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco.

«Gesto siempre ha defendido la separación de violencia y política», defiende *Jesus* Herrero. «Siempre decíamos que aquí podía haber conflictos, que en esta sociedad plural los hay como en otras, pero que eso no lleva necesariamente a una justificación de la violencia. Aquellos movimientos decían que había que ir más allá: que además de ese rechazo a la violencia había que rechazar determinadas ideologías políticas, y no compartíamos esa visión».

«No sólo era un mensaje político, sino que se estaba llevando a los sentimientos», lamenta su compañera. «Nos parecía preocupante que la sociedad creyera que convecinos no sintieran el dolor de la gente amenazada por ETA, que no había interés en que esto finalizara y que a partir de ahí se plantearan movimientos de inmovilismo». Les pareció «injusto» y les «dolió» que les acusaran de tibieza e incluso de equidistancia, añade Herrero. «Pero nos mantuvimos en nuestro sitio».

EL FINAL: PAZ POR PAZ

Y si en un lado estaba ¡Basta Ya!, que pedía una denuncia también del nacionalismo moderado, en el otro extremo surgieron Elkarri y después Lokarri, que reclamaban «un paso más, implicándose en lo que podía ser la solución del *conflicto*», dice Herrero. Pero lo que propugnaban las organizaciones procedentes del entorno del MLNV no ha sucedido.

Sigue en **página 9**

Viene de **página 8**

«El discurso de la separación de violencia y política que parece que hoy está asumido lo lanzamos públicamente en las conversaciones de Maroño, en el 93. El resto de grupos nos decía que éramos nos marcianos, incluido Elkarri», afirma sonriendo. (Hoy su impulsor, Jonan Fernández, defiende esta separación para asentar la convivencia en el País Vasco desde su puesto de secretario general de Paz y Convivencia).

Gesto procuró desmontar aquellos términos nacidos «para intentar encontrar consensos» pero «poco clarificadores»; y ha salido vencedor, arguye Aspuru. «Cuando se hablaba del *conflicto*, ¿qué es el conflicto?, ¿resolverlo todo a la vez? Nosotros decíamos que todo a la vez no: que se podía resolver cada cosa por su lado». La coordinadora no daba recetas para acabar con la violencia; sólo insistía en que «debía ser sin contrapartidas». Mientras, Elkarri y Lokarri recurrían a experiencias de otros países (Irlanda, Sudáfrica...) como fórmulas mágicas, «en muchos casos con esa ambigüedad de mezclar conflicto político y violencia como si fuera la única manera de resolverlo».

–¿Y cómo ha acabado ETA?

– Pues no de ese modo –responde convencida Itziar Aspuru.– La amenaza ha parado sin que se haya cedido ni se haya dado ninguna contrapartida política. No ha habido 'proceso de paz', ese concepto que nos abocaba a ceder, a entrar a hablar del 'precio de la paz', de 'paz por presos', de 'paz por derecho a decidir'. No. Nosotros queríamos 'paz por paz'. Y lo demás lo hablamos democráticamente. Todas esas teorías de resoluciones y negociaciones y los diferentes intentos... Nosotros los observábamos y pensábamos que no debía suceder así. Al final no ha sido así, y eso ha estado bien.

Frente a la fiebre internacionalizadora, ambos prefieren poner en valor los elementos «aprovechables» de la *solución a la vasca*. Dos los apunta Herrero: ETA ha dejado de matar «sin ninguna concesión política»; y las víctimas, «aunque siempre demasiado tarde», han sido reconocidas y reparadas antes de que acabara la violencia. El tercero lo expone Aspuru: «El empeño que tenía la izquierda abertzale de vincular la reivindicación nacionalista a la justificación de ETA no se ha producido en la base de la sociedad vasca. La movilización ciudadana ha sido plural y, con altibajos, ha habido una unidad política contra ETA, al contrario que en otros lugares. Y ha sido determinante para que hayamos conseguido que esto finalice».

LOS DEBERES DE FUTURO

¿Qué queda por delante? Uno, que la sociedad reconozca a una de las categorías de víctimas identificadas y teorizadas por Gesto: las de «persecución». «Políticos, jueces, periodistas... personas en muchos casos anónimas que han seguido con su labor pese a tener su vida amenazada y que nos han permitido sobrevivir como sociedad», dice Herrero. Otra tarea está en proceso: la reparación a las víctimas de abusos policiales, también apuntadas por la coordinadora y sobre las cuales ha hecho mucha pedagogía en los últimos tiempos. La memoria, una memoria «justa con lo ocurrido», es otra pieza del puzzle, y se enfrenta a una ecuación difícil: contar a estas víctimas también, pero sin abonar esa teoría de la guerra entre dos bandos.

–¿Cómo resolver la ecuación de la memoria a partir de las víctimas?

–Cuando se habla de 'todas las víctimas' parece que se quiere responder a todas de la misma forma –advierte Aspuru.– Y no: son víctimas, tienen derecho a la solidaridad, justicia y memoria, pero son distintas en la medida en que hay particularidades en la violencia, en las responsabilidades de ésta y en los compromisos que hay que adquirir para que no se vuelvan repetir.

Opina que «hay que hablar de las de ETA, por otra parte de las de los GAL, y por otra de las víctimas de actuaciones desproporcionadas de las fuerzas de seguridad del Estado». Pero sin hacer «una suma cero» que sería «absolutamente dolorosa». Aspuru recomienda una implicación audaz de las autoridades del Estado ante las denuncias de torturas, «por su propio bien» y frente al «miedo» que ha reinado a la hora de descalificar el conjunto de la respuesta al terrorismo.

El esfuerzo titánico, en todo caso, corresponde a la izquierda abertzale. En ella observan una evolución evidente pero también una laguna crucial: «Romper con un pasado que no pueden obviar». «Mucho de ese sustrato teórico está en los estatutos de Sortu, por escrito; pero eso tiene que ser asumido por los propios dirigentes y también por todo el movimiento de base, de los pueblos. Y ahí tienen una labor pedagógica de intentar que todo ese submundo lo asuma desde esa visión crítica», explica *Jesus* Herrero.

«Después de decir que la violencia no aporta», razona Aspuru, «el siguiente paso es decir que los atentados no están justificados y que si ocurrieran se condenarían; y el siguiente, tirar para atrás: decir que nunca está justificado poner la vida de una persona por encima de un proyecto político. Ése es el mensaje que se espera de la izquierda abertzale».

El faro que puede iluminarles es todavía hoy una gran contradicción en ese mundo, señala Herrero: la «critica política desde su pasado» que están haciendo algunos presos arrepentidos de la *vía Nanclares*, «mucho más rotunda» que la de la izquierda abertzale. «Ése es el ejercicio que estamos pidiendo, y los dirigentes no se lo permiten. Ellos son el ejemplo de lo que le queda por hacer a toda la izquierda abertzale».

Los responsables de Gesto por la Paz devuelven los aplausos recibidos ayer por los asistentes a la asamblea. / EFE

«Humanizar» el tratamiento a los presos como 'testamento'

J. M. ALONSO / Bilbao

En pie, entre un *mar* de aplausos y con algunas lágrimas de emoción y de orgullo en los ojos, los socios de Gesto por la Paz celebraron ayer el último pronunciamiento público de la coordinadora tras 28 años en defensa de la paz y los derechos humanos. Apenas unos instantes antes, habían decidido en asamblea extraordinaria, con el 97% de los votos y ningún sufragio en contra, su disolución una vez que se ha alcanzado el «objetivo principal» del fin de la violencia que inspiró su fundación.

Su legado se plasma en un comunicado final en el que la entidad defiende que «ya ha realizado su contribución fundamental de concienciar y facilitar un medio de expresión colectiva frente a la violencia específica generada en Euskal Herria», si bien advierte de que aún quedan «importantes tareas por hacer» que son «responsabilidad de toda la sociedad». Entre ellas, defiende que se debe «humanizar el tratamiento» que se da a los presos de ETA dentro de lo que debe ser una «aplicación normalizada de la legislación vigente». Según defiende, la política penitenciaria debe «facilitar los procesos individuales de reinserción que partan del reconocimiento crítico del daño causado».

Con una gran pancarta bajo el lema «Lortu dugu (Lo conseguimos)» presidiendo la asamblea celebrada en el colegio Escolapios de Bilbao, los portavoces de Gesto por la Paz Edorta Martínez e Itziar Aspuru leyeron el comunicado de despedida, en el que se afirma que el cese definitivo de la violencia de ETA «sólo puede desembocar en su desaparición definitiva sin ningún tipo de contrapartida o condicionante».

Gesto por la Paz reclama la creación de «una memoria viva de lo ocurrido» para reconocer a las víctimas de todas las violencias, incluida la «ilegítima de las Fuerzas de Seguridad en su lucha antiterrorista», si bien precisa que la izquierda abertzale «no se puede refugiar en esta apelación a todas las víctimas para no realizar el reconocimiento específico hacia las de ETA y no asumir su responsabilidad por haber contribuido de manera decisiva en la perpetuación de esa violencia durante años».

Consumado el adiós, la coordinadora ha creado una comisión liquidadora que se encargará de gestionar el «legado material». En todo caso, Gesto por la Paz se despedirá de forma pública el 1 de junio con un acto en Bilbao.

Apoyo a los afectados por el incendio de Bermeo

Muchos damnificados necesitan nuestra ayuda

Por favor, haz tu donativo
"la Caixa" 2100 2422 83 0100373937

El Ayuntamiento de Bermeo se encargará de supervisar y gestionar el dinero recaudado

"la Caixa"